

Comentario al libro de Juan Hernández Pico *No sea así entre ustedes**

Héctor Dada Hirezi

Este libro, que ustedes deben leer, parte de una pregunta básica a la que apunta el subtítulo: ¿es posible seguir teniendo esperanza en la política? Yo diría que es una pregunta válida, pero que hay que contestarla con una respuesta precisa: tenemos obligación de tener esperanza.

Hay que decir también que la forma de nuestra aproximación a la política depende de nuestra aproximación al Evangelio, a la palabra de Jesús de Nazaret, como prefiere decir Jon Sobrino. Y uno no puede aproximarse al Evangelio en una visión lineal. La Biblia solo es interpretable —dentro de los límites que esto supone— con una visión dialéctica.

Hace ya un buen número de años uno de los teólogos que estuvo presente entre nosotros, cuando estábamos en un pequeño círculo, decía que si Dios pudo haber cometido algún error fue el de habernos hecho libres. A mi juicio, la libertad es en lo que más nos parecemos a Dios, pues Él es esencialmente libre, un ser infinitamente libre. Pero la libertad es también lo que nos permite equivocarnos, y, sin embargo, el uso de la libertad es la primera responsabilidad que el cristiano pone en juego cuando se mete a la política. No se trata solo de construir libertad, sino de vivir la libertad; y es esa difícil combinación la que uno vive constantemente en la política. Hay que actuar en un colectivo, respetar la acción conjunta, pero sin perder la capacidad de reflexión y de decisión personal. Y ello significa una dialéctica que difícilmente es tenida en cuenta por una decisión teórica.

Además, hay que saber vivir con dos mensajes de la palabra de Dios aparentemente contradictorios. Por un lado, nos manda: “Creced y multiplicaos y

* Transcripción de la intervención oral del comentarista, a la que se le han hecho sólo correcciones de forma.

dominad la tierra”. Y, por otro, afirma que “mi reino no es de este mundo”. Esta aparente contradicción —los teólogos aquí presentes lo saben bien— en el fondo no existe, por más que se haga presente en el razonar de no pocos cristianos. A nuestro juicio, se trata de saber vivir con una doble realidad: la obligación de construir el mundo inmersos en él, y, a la vez, saber que el fin del cristiano no es el reino de este mundo, sino el reino del otro mundo, pero que se construye desde éste. Y como nos decía Juan Hernández Pico citando a Karl Rahner, no hay otra manera de construir el Reino de Dios sino desde este mundo.

Un problema fundamental que muchos cristianos viven en la política es la tentación de pretender que la fe nos da respuestas a los problemas concretos, a los retos que deben ser respondidos a partir de la libertad —y por lo tanto de la responsabilidad— y de la capacidad de raciocinio de las que Dios ha dotado a los seres humanos. La fe ilumina la política, le da su sentido trascendente. A través de la ética que se deriva de nuestra fe, nos da los marcos fundamentales de acción al poner en primer lugar la igualdad intrínseca de los seres humanos, pero no nos proporciona soluciones unívocas.

Haciendo un paréntesis, permítanme mencionar que para no pocos cristianos se vuelve difícil aceptar la acción política desde la visión peyorativa que se tiene de esa actividad humana, que es noble por naturaleza como exigencia de compromiso con la solidaridad y con el bienestar de todos. En el fondo, se confunde lo político con la mezquindad en la que a veces cae la disputa partidaria. Y por otro lado, para algunos esta visión peyorativa de la política es una forma de encubrir la visión ideológica que intenta imponer soluciones a los problemas de la sociedad con el argumento de que requieren respuestas técnicas alejadas de la disputa política.

Retomando el hilo de este tipo de razonamiento, como muy bien lo señala mi amigo Juan Hernández Pico —quizás muy brevemente en una frase muy importante del libro—, por razón de nuestra fe no tenemos una superioridad en el diseño de las políticas. No tenemos superioridad, pero tenemos responsabilidades quizá superiores. Entrar a la política desde la fe, para nosotros señala límites también en el ejercicio de la política: los límites de la ética, que no es solo individual, sino que es una ética que nos lleva a entender —de acuerdo a la doctrina ortodoxa de la Iglesia— que la ética social es tan importante como la ética individual. Dicho de otra manera, no hay ética individual sin ética social, y viceversa.

El libro de Juan Hernández Pico hace un recorrido por una serie de pensadores según una secuencia cronológica que resalta la evolución de sus ideas de forma muy eficiente. En ese recorrido, el autor nos conduce, a través de la evolución de la política, a una creciente secularización, hasta llegar a nuestros días en la que ésta es el signo de los tiempos.

Secularización de la política no quiere decir que la fe no tiene relación con la política, sino, dicho con precisión, que la política no está al servicio del poder religioso, sino, más bien, que la visión religiosa, la fe, está al servicio de una política más solidaria, más humana, fundada en el amor, en la caridad cristiana y con requisitos de verdad, como nos enseña la última encíclica del papa Benedicto XVI.

En la política no estamos exentos de tentaciones. Cuando pienso en las relaciones del cristiano y del poder me acuerdo de aquellos dos Apóstoles que, aprovechando su cercanía con Jesús, le piden estar a su lado en el Reino de los Cielos, uno a la derecha y otro a la izquierda, lo que es muy próximo a la búsqueda de un tráfico de influencias. No estamos exentos de tentaciones, y estas pueden llegar a veces hasta a poner en juego nuestra fidelidad a la fe en Jesús de Nazaret, en momentos álgidos de la política. Como tampoco Pedro estuvo exento de negar a Cristo en el momento en que corría peligro frente al poder de su tiempo. Ni podemos rechazar a los que vienen de hacer cosas diferentes, cosas contrarias a nosotros, y con quienes, luego de la evolución existencial, la vida misma nos lleva a compartir visiones. Como tampoco el Señor rechazó a Pablo porque había sido perseguidor de cristianos.

La política la hacemos seres humanos que tenemos la obligación de buscar ser perfectos, pero que no lo somos ni logramos serlo. Y esas pretensiones de perfección son las que a veces niegan el verdadero sentido libertario del Evangelio y las políticas que los cristianos tenemos que hacer.

Si bien ahora la política se seculariza, la utilización de la religión para ponerla al servicio de una visión política determinada es una tentación presente, y no siempre a partir de actitudes de la Iglesia, como no pocas veces ha sucedido en la historia de la humanidad.

Por citar un ejemplo, tengamos presente que la derecha suele decir que ellos separan la fe y la política. Pero si uno lee ese documento olvidado —y que todos los cristianos debiéramos releer frecuentemente, el *Informe Rockefeller* de finales de los sesenta—, encontramos un mensaje que demanda la utilización de visiones religiosas para obtener resultados políticos frente al progresismo creciente de entonces, alimentado en parte por la encíclica *Populorum progressio* y los documentos de Medellín y Puebla, aprobados por la Conferencia Episcopal Latinoamericana (calificados por algunos portavoces del statu quo como marxismo recalentado —como cita Hernández Pico—, aunque muchas veces hubo marxistas que los tildaron de capitalismo amoroso).

A partir de entonces se originó con gran intensidad la estimulación de una interpretación escapista de la fe, afirmando que hay que soportar pasivamente todas las desgracias que Dios nos impone en este mundo para ganarnos la salvación. Como si Dios nos mandara a este mundo a ser infelices y no a trabajar

por la realización plena como seres humanos, tanto en el plano personal como en el social. En esa tarea no solo han participado y participan algunas denominaciones religiosas llamadas evangélicas, sino también grupos católicos con tendencias sectarias. Esto último es citado por Hernández Pico, resaltando la tergiversación del Evangelio, la Buena Nueva de Jesús de Nazaret, para escapar del sentido social intrínseco a la palabra de Dios.

Una de las más graves tentaciones citada al principio del libro es la visión que afirma que la economía no tiene responsabilidad moral, a la que le acompaña la predicación creciente de que los problemas sociales y políticos tienen soluciones técnicas, unívocas, no sujetas a la discusión en el espacio político, y por consiguiente a cargo de los “técnicos”.

Cuando creemos que la técnica da soluciones a los problemas políticos, le damos a la técnica una misión que no tiene, pues el papel de la técnica es señalar opciones, y la política es el espacio de las decisiones. Ni aun en temas en los que la decisión parece estar lejos de la política, como es el de las infraestructuras, en el fondo las decisiones se toman a partir de prioridades que se definen desde la política. Y aun si, exagerando la nota, aceptamos que la técnica no tiene por qué sujetarse a normas éticas —lo que al menos es discutible—, al fin de cuentas en la decisión hay un componente ético que para los cristianos es una responsabilidad inexcusable. Y no olvidemos que desde la llamada hegemonía de la técnica, en años recientes se tomaron decisiones sobre temas económico-sociales de gran importancia, con graves consecuencias para la vida de las mayorías, muchas veces sin que hubiera cristianos que se decidieran a asumir la defensa de los principios de solidaridad humana que nos predica la palabra del Señor.

Pero existe también otro problema central que los cristianos debemos “resolver”¹: la visión del poder. Algunos cristianos resaltamos excesivamente una visión de sacrificio, de entrega desinteresada por los demás, en nuestra acción política, y nos cuesta concebir el poder con el equilibrio necesario para estar en él con la capacidad de ejercerlo eficazmente con sentido ético, y no utilizándolo inadecuadamente. Los cristianos debemos aceptar la necesidad del poder para transformar la sociedad, y requerimos de una adecuada visión de cómo se construye el poder, y, por supuesto, no podemos olvidar la necesidad de la organización social para poder generar poder, un poder real que permita transformar la sociedad. Esta reflexión de parte de aquellos católicos que hacemos política —y de los politólogos cristianos— debe estar centrada sobre esa relación difícil entre el poder y la visión de la vivencia política del cristiano que muchas veces tenemos.

1. Lo ponemos entre comillas porque la forma de enfrentarlo es histórica, es decir, depende de cada momento concreto, y nunca se logrará una solución definitiva.

El ejercicio del poder plantea tentaciones. Y, como expresa muy claramente Juan Hernández Pico, los que creemos en la palabra de Jesús no podemos justificar la utilización indebida del poder, de forma contraria a la ética, sea que lo haga la derecha, como tradicionalmente lo ha hecho, sea que lo haga la izquierda. Y menos que lo hagamos quienes nos profesamos cristianos. Y no basta decir que la satisfacción de necesidades humanas básicas da espacios para tolerar graves violaciones a los derechos intrínsecos de los seres humanos.

Esa difícil combinación de eficacia y eficiencia social con el ejercicio de la libertad es un requisito ético fundamental del cual no nos podemos desprender. Cómo participar en el ejercicio real del poder respetando la libertad de los ciudadanos y trabajando para construir una sociedad más equitativa es un reto que hay que enfrentar cotidianamente, y que exige tomas de decisión nada fáciles. Pero ya sabemos que no es fácil ser cristiano, y ya San Pablo decía que el cristianismo es una gran locura. Y tampoco es fácil combinar la acción política con las responsabilidades de la fe.

El libro que ahora comentamos nos ayuda a la reflexión sobre estos temas. Ojalá lo leamos todos. Nuestro reconocimiento al amigo Hernández Pico.